

Las Islas Galápagos

Escribe: NICOLAS DEL CASTILLO MATHIEU

En una soleada y ventosa mañana de junio se levanta del aeropuerto de Quito un impecable Electra-Jet de la empresa Tame, que brilla contra un cielo desesperadamente azul. Destino final: las Islas Galápagos. Escala: Guayaquil. Un experto piloto militar —hombre maduro y reposado— lo dirige. Al verlo, los pasajeros han experimentado una tranquilizadora sensación de seguridad, a pesar de que las ráfagas veraneras sacuden al aparato y lo mecen de un lado para otro, durante un largo rato, pero sin que —menos mal— se produzcan los inquietantes vacíos!... Dejamos a un lado la imponente mole nevada del Chimborazo y, tras un rápido descenso, aterrizamos en Guayaquil.

¡Por fin iba a conocer las Galápagos! Era una vieja obsesión mía, casi desde los años de la adolescencia, que solo ahora se cumpliría plenamente. El archipiélago ecuatoriano, descubierto por casualidad en 1535 por el Obispo Fray Tomás de Berlanga (el mismo que trajo el plátano a América) me atraía como un imán, pero siempre se habían presentado obstáculos para llegar hasta él. “Arca de Noé en medio del Pacífico” lo ha llamado con acierto el científico y escritor alemán Eibl-Eibesfeldt. El joven Darwin, pasajero del “Beagle”, redondeó allí su teoría de la evolución, que solo dió a la publicidad muchos lustros después, tras haberla meditado, fijado y pulido... Tierras volcánicas surgidas en medio del Océano, hogar de gigantescos quelonios (los galápagos que le dieron el nombre), de extrañas iguanas de agua y de tierra (dragones en miniatura), de cormoranes con alas reducidas por un ocio milenario, de albatros de enorme envergadura, de pingüinos enanos, arrancados

por la corriente de Humboldt de sus plácidos y helados refugios magallánicos, de graciosos e inofensivos lobos de mar, que se rascan las casi desaparecidas orejas con sus aletas posteriores, como lo haría un perro con la pata trasera, y de trece especies de pinzones que allí evolucionaron a partir de una sola pareja... Todo ello constituía para mí un mágico espejismo que coruscaba en medio de la inmensa extensión del Océano más grande del planeta...

Un fraternal amigo hotelero, un emprendedor agente de viajes y un caballero General del aire —la mágica trilogía que ha hecho posible ese fenómeno universal y contemporáneo llamado turismo— convirtieron en realidad mis aspiraciones de tantos años y héme aquí despegando de Guayaquil con rumbo a las Galápagos. Me esperan dos horas y quince minutos de vuelo sobre un mar sin escalas. Escucho, esta vez muy atentamente, las instrucciones sobre cómo inflar los salvavidas. Además la cabinera que las dá tiene un claro acento guayaquileño, que me es casi familiar...

El viaje transcurre rápidamente. Los inquietos movimientos de varios pasajeros me sacan de la apasionante lectura de un libro sobre las Islas Galápagos. Allá abajo se aprecia la silueta de la primera de ellas: San Cristóbal, o Chatham como la llamaron los piratas y balleneros ingleses. Es mucho más grande de lo que me la imaginé al mirar por primera vez el equilibrado mapa del archipiélago. Un poco después aparece la central Santa Cruz y colocada sobre ella, como un gorro, la islita de Baltra, ambas increíblemente planas, miradas desde lo alto. En Baltra se construyó un aeropuerto aprovechando las instalaciones militares que los americanos dejaron allí, al finalizar la Segunda Guerra Mundial. El avión se acerca a la pequeña isla que carece de playas. Su perímetro lo forman nítidos acantilados de lava. Baltra es casi desértica, de un definido color ocre, sin matices, ni mezclas. Mientras el avión recorre velozmente la pista, pasan a través de sus ventanillas las tunas arborescentes, de "hojas" como raquetas y de sólido tronco, que constituyen la planta más común de las islas y la base alimenticia de galápagos e iguanas terrestres. La succulenta textura de sus tallos y frutos calma no solo el hambre sino también la sed de los mencionados réptiles y de algunas aves. Las costas y zonas planas de ésta y las otras islas son áridas porque casi

no llueve en ellas. En cambio a unos 800 metros de altura las condensadas nubes mantienen una vegetación exuberante. Pero rara vez se forman arroyos. En la isla de Santiago vería después el seco lecho en piedra pulida de uno que debe ser muy caudaloso en la corta época de lluvias.

No se cumple en el aeropuerto ningún trámite especial sino que, de manera casi inmediata, los pasajeros de "Macchiavello Tours" (el nombre suena ahora marcadamente exótico en esta plácida región del globo) abordan un bus que los conduce al "Néptuno", un pequeño y confortable barco construido en Grecia, que sería durante varios días mi morada y mi único medio de transporte, pues todas las excursiones terrestres se harían a pié. El mar aparece aquí increíblemente quieto y de un azul intenso; en medio de él dos islotes volcánicos semejan las inmensas bocas ladeadas de hundidos cañones. En tierra, la vecina Santa Cruz ya no se ve tan plana; por el contrario: desde ambos extremos le brota algo así como un nítido lomo que asciende levemente hasta darle la apariencia de una enorme tortuga de río. El achatado y uniforme arco de vez en cuando se interrumpe para dejar salir la protuberancia de un cráter.

Me instalo en el barco y almuerzo. Sin tiempo para reposar, nos anuncian la primera excursión a Bartolomé, una menuda isla adosada al costado norte de Santiago, cuyo paisaje, —se nos dice— es completamente lunar. Como si saliera a recibirnos, avanza hacia nosotros un cabo de negra lava al cual el blanco guano depositado allí por las aves marinas le comunica extraños reflejos metálicos... El barco ancla cerca de él y en una "panga" (bote de fondo plano, sin quilla) nos dirigimos a tierra... Al llegar al pequeño muelle, lo encontramos ya ocupado por tres lustrosos lobos marinos que ejecutan torpes y a la vez graciosos movimientos: no esperaba verlos tan pronto! El piloto de la "panga", un negro esmeraldeño, a quien por su carácter jovial todos llaman "Alegría", los espanta con solo el ruido de dos palmadas. Los lobos marinos se retiran de mala gana emitiendo un desapacible gruñido, mitad mugido y mitad balido, y se arrojan al mar en donde nadan con velocidad de peces.

Al trepar por las primeras rocas de escoria, observo que al fondo de la ensenada una treintena de rojísimos cangrejos —las sayapas— toman un sol ya casi crepuscular en una hume-

decida terraza de prieta lava, formando así un hermoso contraste! ... Con no poca dificultad ascendemos al pico más alto de Bartolomé y desde allí admiramos un paisaje realmente selenita: montones de lava ocre en apocalíptico desorden de los cuales emergen, como anchas y muy cortas chimeneas, una decena de cráteres, truncados ya por la acción del viento y de la lluvia y tapados por las piedras que cayeron de sus propios brocales... A lo lejos, el color ladrillo de las rocas en confuso tropel, se separa nítidamente del inmóvil azul ultramarino del Océano. Unos motosos cactus como dedos gordos, unas contrahechas matas de un hermoso tono gris plata y alguna especie botánica más, constituyen toda la vegetación de la hispida isla, que no ha sido aún "colonizada" por las plantas, lo que hace suponer que es de las más "jóvenes" del archipiélago. Carece, en consecuencia, de capa vegetal. Tardará varios siglos en tenerla...

Tomamos nuevamente la "panga" y nos dirigimos hacia un cercano bloque macizo y elevado que surge directamente del mar como una torre cónica. Este peñón y el acantilado vecino parecen haber sido cortados de un solo tajo, por un gigantesco y poderoso cuchillo. Sus lisas paredes se interrumpen a trechos por los huecos, también lisos, dejados allí por las grandes burbujas que hirvieron alguna vez dentro de la mole de lava y, en breves espacios retraídos, se agrupan variadas motas granulosas. El conjunto semeja el dibujo caprichoso que dejan el comején o la carcoma en una tabla finamente pulida y la porción granulosa sería el polvillo que estos últimos insectos acumulan tras su intenso trabajo en la madera...

Un largo recorrido nocturno nos lleva, al día siguiente, al lado occidental de Isabela, la más grande de todas las islas, cuya silueta recuerda extrañamente a la de Gran Bretaña. Desembarcamos en una pequeña caleta (Tagus) situada frente al cráter principal de la vecina isla Fernandina y rodeada de altas paredes rocosas, cubiertas de guano y de impertinentes letreros con nombres de buques o de personas. Un empinado camino asciende la cuesta en medio de una exigua vegetación compuesta de secos y olorosos arbustos de palosanto y de diversos matorrales. En los nidos, abandonados pero aún compactos, los pinzones, que revolotean a nuestro lado, empollaron sus huevos hace apenas tres meses. El sol, medio oculto por las nubes, ca-

lenta sin embargo fuertemente aquel campo solitario donde impera un inmenso silencio, solo turbado por el piar de los pinzones y el ruido seco de los zapatos con suela de caucho de los turistas que trepan sobre la dura lava ya convertida en tierra. Nos asomamos al borde de la gigantesca caldera de un apagado volcán, que ahora abriga en su fondo un bello lago de aguas saladas. Desde lo alto se ve el lago azul, un estrecho istmo ocre y el mar, más azul todavía...

Luego regresamos y recorreremos en la "panga" los acantilados que enmarcan la caleta "Tagus". Allí sobre una desnuda piedra, prepara su nido un cormorán de largo pico, fuertes patas y sinuoso cuello. Como se ha mojado el negro plumaje, en una reciente zambullida, extiende las alas al sol para secarlas. ¡Qué deplorable espectáculo para los neófitos el de estas pequeñas y entumecidas alas de escasas plumas y qué emoción, sin embargo, la que experimenta a mi lado un rubio científico al observar esa prueba viviente de evolución regresiva! En las Galápagos, los cormoranes dejaron de volar hace miles de años y las alas se les han achicado notablemente. Las poquísimas plumas que aún les queden desaparecerán quizá en unos cuantos milenios más. Los cormoranes vendrán entonces a hacerle compañía a los pingüinos...

Los pelícanos anidan sobre las breñas del acantilado. Allí los vemos, solemnes e indiferentes, echados sobre sus huevos. Hacemos entonces contacto por primera vez con los "piqueros de patas azules" peligrosos pescadores del tamaño de un pato, emparentados con el alcatraz, que poseen un largo y afilado pico y membranosas patas de un bello azul celeste que contrastan con el sucio color jabado de su plumaje. Los "piqueros" parecen estar en trance de permanente pesca submarina: las patas semejan curiosamente a unas aletas de plástico. Solo les falta la máscara, que en cambio llevan unos primos suyos: los "piqueros enmascarados"... En una especie de cavidad rocosa habitan menudos pingüinos que, a pesar de su elegante traje de etiqueta y de su erguida y altanera actitud, provocan en mí una confusa mezcla de compasión y de risa al verlos andar, a la vez, con lastimosa torpeza y con gracia "chaplinesca" sobre la resbalosa superficie de las piedras mojadas...

En lo alto de una roca, tomando el sol, aparece la primera iguana marina, extraño reptil de color negro como el de la lava

basáltica que predomina en las islas. Aunque es mucho más chica de lo que la imaginaba, me impresiona, sin embargo, por la larga fila de púas que adorna y protege su lomo y su nuca, las duras escamas, como conchas, que cubren su cabeza y el perfil achatado de su cara, que la aproxima más a una tortuga que a un lagarto... "Alegría", nuestro piloto de atezada piel (más oscura que la lava que nos rodea) canta entonces una vieja canción cubana, como para recordarnos que aún estamos en América...

Los acantilados adquieren, de pronto, una considerable altura colocando, sobre nosotros, una interminable sucesión de capas de lava como peinadas horizontalmente por un ciclópeo cepillo. Un turista vecino los asimila más bien a un montón de torcidos rieles, apiñados con regularidad. Por más que me esfuerzo, no consigo reconstruir la férrea comparación, lo que demuestra lo subjetivas que son nuestras apreciaciones de la realidad.

En la tarde vamos a Punta Espinosa, situada en Fernandina, isla que es el resultado de la erupción de un alto volcán de ancho cráter. Desembarcamos en un muellecito cubierto de mangles que olía a orines de lobos marinos, un olor que después nos resultaría familiar y que recuerda al de los chiqueros de cerdos... Aquí viven, en copiosas manadas, las iguanas marinas, que encontramos agrupadas, tomando el sol, en una laja tan retinta como ellas y de la cual apenas se distinguían. Su increíble inmovilidad, turbada tan solo por la expulsión de chorrillos de agua muy salada a través de la nariz, las identificaba aún más con la piedra de la cual parecían brotar como afiladas aristas; ni siquiera nuestra presencia alteró la impasible quietud de estos petrificados reptiles que se dirían esculpidos en la misma materia que los rodeaba. Por lo demás estaban confirmando así, la tradicional e increíble mansedumbre de los animales en las Galápagos. En las cercanas playas, al lado de jugueteros lobos marinos, tomamos un frío y reconfortante baño de mar...

Nos fijamos entonces en la geología: Punta Espinosa es como un inmenso escudo de prieta lava con alternados festones de arena clara y de azules aguas en los bordes. La lava aquí es más negra y más compacta que en otras partes. Posee una textura plana, como recién solidificada, decorada por capricho-

sos dibujos: aún son claramente perceptibles las irregulares arrugas, las simétricas volutas, los turbulentos remolinos y las ondas rizadas —como de sábanas mojadas— que se produjeron en aquella masa de pasta hirviente, cuando repentinas oleadas de aire o de agua, o de ambas cosas, enfriaron súbitamente su rugosa superficie, conservando así, para admiración de la posteridad, este arbitrario diseño, de augusta e impresionante belleza.

Al día siguiente, habiendo desandado en parte lo andado, llegamos a Puerto Egas, situado en el flanco occidental de la isla Santiago, la cual apareció ante nuestra vista, hacia las ocho de la mañana, aún cubierta de neblina, lo que no impedía que el sol calentara ya mi camarote. Desembarcamos en la playa de Puerto Egas, enmarcada por acantilados zigzagueantes, cuyos desnudos y ondulantes estratos revelan las sucesivas oleadas de magma ocurridas durante milenios. En una gran terraza de lava húmeda y resbalosa, en donde la recién pasada marea había dejado charcos de cristalina y fría agua, encontramos una loba marina que había dado a luz, al parecer la noche anterior, un inquieto cachorro. La cercana y abandonada placenta y los golpes que el cachorro daba en el vientre de la madre mientras chupaba con fruición uno de los diminutos pezones, me recordaron con brusquedad que los lobos descenden de rebeldes y aventureros mamíferos que hace muchísimos años abandonaron la seca tierra para llevar la misma vida de los peces en las frescas aguas de los océanos. A través de las edades sus patas se transformaron en aletas, su cuerpo se ahusó y su pelaje se acortó y alisó. Todavía subsisten, en rememoración de sus épocas terrícolas, un esbozo del pabellón de las orejas y tres uñas o garras en cada una de las aletas posteriores. La siguiente lobería, formada por un vigilante macho, un haren de hembras y numerosos cachorros de diferente edad, ocupaba una caleta rodeada de rocas de color de hierro y consistencia metálica cuyos bordes y filos parecían cubiertos por el óxido. Era como si camináramos por grandes y lisas piezas de vieja chatarra...

Un poco más adelante, en frías cuevas invadidas por un agua de increíble transparencia, viven las focas o lobos de dos pelos, de tamaño más reducido, más abundante y fina pelambre y carácter menos gregario y amistoso que sus primos los lobos marinos. Los ejemplares que allí moran son muy pocos,

pues esta especie llegó casi a la extinción, y sus actuales representantes son ariscos y malgeniados, en recuerdo tal vez de las salvajes matanzas de que fueron víctimas sus antecesores, que así pagaron la excelente calidad y el alto precio de su piel. Estas focas duermen en la pura roca, buscando los sitios más sombríos. Si el turista las despierta, gruñen con agresividad, se arrojan a las aguas verdeazuladas de sus grutas y nadan como apresurados cetáceos.

Regresamos por un firme camino construido otrora por una empresa extractora de sal que, a causa de un difícil manejo financiero, desapareció por fortuna del salvaje escenario. Antes de abordar la "panga" tomo un baño en un mar de aguas heladas pero estimulantes y hundo blandamente mis pies en la floja arena de lava negra y de granos gruesos que tapiza el fondo. Estas arenas son extrañamente tibias, como si participaran del abrasante calor de las que forman la playa y reciben directamente el fuerte impacto del sol.

Ese mismo día, por la tarde, visitamos, unos cuantos kilómetros al norte de Puerto Egas, a Espumilla, amplia playa de arenas doradas enmarcada por verdes mangles de añosos troncos. Es necesario atravesar el manglar para asomarse a la orilla de una plateada y pequeña ciénaga de agua salada, muy poco profunda. Al fondo, en la otra orilla, una inquieta bandada de unos 15 flamencos nos sorprende por el color sangre que salpica sus blancas y desgarradas siluetas. Los turistas se acercan un poco, disparando sin cesar los obturadores de sus cámaras fotográficas y los flamencos emprenden el vuelo en impecable y sesgada formación geométrica, uno tras otro.

Volvemos a internarnos en una selva de gigantescos mangles, corpulentos como árboles de mangos, tras la pista del "brujo", precioso pajarito de plumaje rojo fuego. Solo pudimos ver la hembra, pues el macho, más esquivo, no apareció por ninguna parte y eso que, para buscarlo, subimos una empinada loma cubierta de grandes palosantos que crecían en medio de esponjosos bloques de lava de color ocre-rosado. Después de haber cruzado el lecho seco de un arroyo, regresamos por el borde de un barranco cubierto de tupida vegetación, que aún no han podido destruir los chivos cimarrones que pululan en la isla de Santiago y en otras. Mientras descansaba en la playa,

esperando la "panga" que me llevaría al barco, un confianzudo "cucuve" o mirlo se entretuvo jalando los cordones de mis zapatos que casi logró soltar.

Me extiendo en la arena caliente, acomodando mis espaldas al tronco curvado de un viejo mangle y medito. El Pacífico, pienso, es, en verdad, el océano de la soledad y de la calma, no solo en sus aguas sino en las tierras que baña y en los hombres que habitan éstas. Un fenómeno como el de las islas Galápagos es inconcebible en otro mar: el Caribe, para citar un ejemplo. Es verdad que los dos no pueden compararse por el orden de sus magnitudes. Pero eso no lo explica todo, creo yo. El Pacífico es blandura y cadencia polinesia, cortesía japonesa y comedimiento chino. El Caribe, por el contrario, es una caldera en permanente efervescencia en donde se dan cita razas agresivas y bullangueras: bravos indios caribes de las Antillas Menores, que le dieron el nombre; feroces piratas y curtidos navegantes europeos y africanos gritones y gesticulantes. Es un mar ruidoso y bélico. En cambio en el Pacífico americano la trata de esclavos, valga el ejemplo, no alcanzó nunca los altísimos guarismos del Mar Caribe, ni tampoco los del opuesto Océano Atlántico. A ello contribuyó, es verdad, la fría corriente de Humboldt, que secó sus costas y limitó su agricultura. La piratería en el Mar del Sur, aún agregándole episodios de bandolerismo marítimo chino, es un cuento de hadas si la comparamos con la del Mar del Norte. Esta donde me encuentro ahora fue la más frecuentada playa de los bucaneros del Pacífico, pero aquí todo invita a la modorra y al descanso... Finalmente, concluyo, los huracanes son, sin duda, más temibles y devastadores que los tifones.

Al día siguiente descendemos bien temprano en Mosquera, islote de oscura lava, curiosamente cubierto de blancas arenas coralinas, en donde abundan los lobos marinos, los rojos cangrejos y las "gaviotas de lava", feroces en la defensa de sus nidos. Al acercarme a la zona donde debía haber uno, que nunca ví, un par de grandes gaviotas se lanzaron desde lo alto sobre mi cabeza en indudable actitud inamistosa. Varias veces bajaron en picada con raudo y repentino vuelo, dejándome sentir la insospechada fuerza de sus alas y el eventual peligro de su pico. De nada valió que las espantara agitando sobre ellas mi sombrero de jipijapa. Vino entonces a mi memoria el re-

cuerto de una célebre película de Alfred Hitchcock y una inevitable sensación de miedo me invadió lentamente. Solo me dejaron tranquilo cuando abandoné el sitio.

La vecina isla Seymour, que recorrimos por la tarde, es el paraíso del amor y de la reproducción. Piqueros de patas azules ejecutan aquí su danza nupcial, mientras otros empollan sus huevos en nidos situados en la misma tierra o cubren sus bellos pichones, de blanquísimo plumón, que se incorporan y nos miran con sorpresa, pero sin miedo... Al atracar en Seymour, dos gaviotas de cola bifurcada copulaban graciosamente en el borde de un acantilado. El macho se posaba sobre la inmóvil y distraída hembra y agitaba hermosamente las alas. De pronto, ladeaba y bajaba la cola en un fugaz y delicado movimiento... Sin desmontarse, continuaba batiendo las alas como si nada hubiese ocurrido y luego volvía a inclinar la cola hacia abajo. Nuevo aleteo y un tercero y final descenso de la cola...

La danza nupcial de los piqueros es a la vez solemne y ridícula: la hembra, más robusta, participa en ella tan activamente o más que el macho. La hembra lanza un graznido ronco y desagradable. El macho, por el contrario, emite un fino y agudo silbido. Caminan uno tras otro, balanceándose y describiendo un círculo, mientras alzan lenta y cómicamente las membranosas patas azules como si estuvieran en un desfile militar. De repente, se detienen y levantan hacia el cielo picos, alas y colas y los juntan en un solo punto formando dos triángulos isósceles. Después agitan las alas como si las sacudieran y continúan la risible y hermosa marcha... Las tijeretas o fragatas se enamoran de manera diferente: los machos en celo se colocan en la copa de medianos matorrales con su roja bolsa pectoral a medio llenar, en señal de su actitud y disposición, y así permanecen horas y días. Cuando las hembras se aproximan revoloteando, los machos inflan aún más su atractivo globo escarlata, emiten un ruido peculiar parecido a un castañeteo y agitan con vigor sus largas y negras alas de unos dos metros de envergadura, echando la cabeza hacia atrás y apuntando con el pico hacia el cielo. ¡Un hermoso espectáculo que desata una verdadera tempestad fotográfica! Las hembras se posan entonces al lado del macho escogido, pero la mayoría de las veces solo lo acompañan durante breves minutos, pues se retiran para volver al poco rato, o para buscar machos más cautivantes.

La siguiente isla que visitamos es Española, la más meridional y, sin duda, la más bella de todo el recorrido. La "panga" se aproxima a la playa de Puerto Suárez esquivando las altas olas que revientan contra un arrecife de piedra basáltica que forma ángulo recto con la costa. Fue ésta la única vez que vimos reventar las olas, pues el mar es, en general, muy tranquilo en medio de las Galápagos. Esta isla sin cráteres esta formada por capas de lava submarina que un buen día fueron empujadas hacia arriba, apartando las olas para recibir las tibias caricias del sol y del viento. La cubre una abundante pero rala vegetación, típica de las partes bajas y secas del archipiélago. Aquí las negras iguanas marinas han desarrollado bellísimas tonalidades carmesíes, que son especialmente perceptibles en los machos en celo. La plana superficie de Punta Suárez está cundida de nidos de piqueros de patas azules y piqueros enmascarados, pero lo más interesante allí son los gigantescos albatros que anidan también en el suelo y empollan un solo huevo que, a veces, abandonan por misteriosas y desconocidas razones. Estas aves son más acuerpadas que los gansos domésticos y caminan torpemente y sin gracia, como ya lo anotara el poeta, pero cuando se arrojan desde los acantilados para emprender el vuelo, resultan majestuosas para quienes las ven desplegar sus alas que pueden alcanzar hasta tres metros de envergadura.

Estamos ya al lado opuesto del lugar de nuestro desembarco. Estos altos acantilados que sirven de plataforma de lanzamiento a los albatros son, quizá, los más bellos de las Galápagos. Su color negro profundo contrasta con la blanca espuma de un mar agitado y combatiente. La humedad que allí dejan las olas, que se retiran después del violento choque, los hace todavía más negros. Las olas se meten, cuando son altas, en la grieta de una roca, comprimen allí el aire y salen soplando violentamente, convertidas en vapor de agua. Es el llamado "hueco soplador" que semeja un activo "geyser". Al fondo del acantilado, traída y llevada por la espumante resaca, vimos nadar una iguana marina, con las patas ceñidas al cuerpo, moviendo únicamente la larga cola, como una anguila. Esta isla es un verdadero jardín zoológico natural, en donde pueden verse, además de los animales anotados, lagartijas de gran tamaño, coloreadas palomitas, estilizadas garzas, rabijuncos con dos plumas larguísimas en la cola, gaviotas, lobos marinos, etc.

El barco se desvió entonces hacia Puerto Baquerizo, situado en San Cristóbal, la más oriental de las Islas Galápagos. Esta pequeña y limpia ciudad es la capital administrativa del Archipiélago. Allí los buques se aprovisionan de agua dulce, operación que, en nuestro caso, tomó buena parte de la tarde y casi toda la noche. Al amanecer estábamos ya al sur de la isla Santa Cruz, en donde se encuentra la Estación Darwin y el Restaurante "La Ninfa", que sirve una de las mejores langostas del mundo. En la isla Santa Cruz crecen las más altas tunas ("Opuntia") que puedan verse. Las tunas aquí, para defenderse de los voraces animales, han evolucionado formando altos y esponjosos troncos protegidos por una corteza muy dura, que alcanzan diez y hasta quince metros de altura. Por un polvoriento caminito, en medio de un fantasmagórico bosque de estos curiosos árboles, llegamos a la Estación Darwin, en donde pueden admirarse, cautivos en grandes corrales, los enormes galápagos. En cada isla éstos evolucionaron de modo diferente pero, sustancialmente, pueden distinguirse dos especies: los de caparazón en forma de cúpula cuyos bordes llegan, casi uniformemente, hasta unos centímetros del suelo y los que, por necesidad de comer a mayor altura, levantaron a través de los años la parte delantera del caparazón hasta darle la forma de una montura o galápago, lo que les permite llevar el largo pescuezo a un nivel mucho más elevado y alcanzar así las esquivas almohadillas de las tunas y las hojas de otras especies vegetales.

Hay aquí unas diez enormes tortugas, de doscientos años en promedio, que se mueven con dificultad y que sacan lentamente las gruesas patas de elefante o la cabeza de arrugado pescuezo cuando el viejo cuidandero así se los solicita mientras les hace caricias y gentiles arrumacos. Se reúnen para comer cepas de plátano —que no es, ni mucho menos, su alimento nativo— en una baja plataforma de cemento a la cual trepan fatigosamente. Viéndolas mascar con juvenil apetito tiende a olvidarse uno de su increíble longevidad.

La excursión se cierra con broche de oro en la bella islita de Plazas, reducto de las amarillas e impresionantes iguanas terrestres que aún no habíamos visto. Tienen, mucho más que sus hermanas de hábitos marinos, un feroz aspecto de dragones pero son menos grandes que las que pueden verse, por ejemplo, en la zona que va desde Barranquilla a Santa Marta. Su des-

concertante mansedumbre, permite que se las fotografíe desde muy cerca y a eso deben quizá su imponente prestigio. Plazas alberga también abundante fauna de lobos marinos y de gaviotas de cola bifurcada. El último promontorio de Plazas sirve de refugio y de lugar de descanso a una veintena de lobos marinos machos. En ese extraño campo de verano unisexual algunos envejecen defendiendo celosamente sus derechos territoriales y otros recuperan fuerzas para ir a disputar a sus rivales los harenes perdidos. Desde los altos acantilados contemplamos un enorme cardumen de verdes lisas con aletas amarillas, que juguetean en las azules ondas. Plazas posee, en verdad, un colorido singular, exótico en las demás islas, pues allí crecen verdes tunales al lado de rojas plantas rastreras, que contrastan con las notas amarillas de las iguanas y el negro mojado de las piedras de la orilla.

Y terminó así nuestro viaje. Los extraños animales y vegetales de las Islas Galápagos, que evolucionaron aquí separadamente durante millones de años, influyéndose mutuamente, provienen, sin embargo, en su casi totalidad del Nuevo Mundo, y fueron traídos de nuestro Continente por los vientos, las corrientes, las aves marinas, los matorrales a la deriva y, unos pocos, por sus propios medios. El Nuevo Mundo dio origen en las Galápagos a otro mundo nuevo, bastante más joven, o mejor, si se lo relaciona con la antigüedad del hombre en la tierra, muchísimo menos viejo... Pero, a pesar de su geológica y biológica novedad, las Islas Galápagos, debido a su milenario aislamiento, dan la impresión de un orbe antiguo y distante, como de primer día de la creación. Es eso, quizá, lo que constituye su fundamental encanto.